

Roma, 20 de mayo

Recibo un telegrama de Cifesa en el que me dicen que me presente inmediatamente a la Cines. Esta es la productora que deberá rodar, asociada con Cifesa, *La voz del silencio*, film de Pabst, con argumento de Zavattini y protagonizado por Aldo Fabrizi, para el que me ha contratado en Madrid.

El jefe de producción de *Los ojos dejan huellas*, que es el habitual de De Sica, me dice que debo preguntar por un tal *dottore* D'Amico. Convengo telefónicamente con este doctor una cita en su oficina para las doce del día siguiente.

Estoy un poco nervioso por la presentación. No sé hablar italiano ni francés. D'Amico no habla español. Me ha hablado también de presentarme a Pabst. Esto me deja aún más preocupado, aunque ya había procurado irme haciendo a la idea.

Creo que me voy a encontrar muy solo en esta película. Hubiera preferido que me acompañase algún otro actor español o que me hubieran puesto en contacto con algún representante de Cifesa.

Poco antes de comenzar estas notas, en la soledad de este triste y provincial cuarto de Albergo Esperia, no puedo evitar imaginarme cómo será la entrevista y hasta cómo serán algunas escenas de mi papel, que todavía desconozco en absoluto.

*21 de mayo*

He llegado tarde a la cita, cuando la oficina estaba cerrada. Esto me da mucha vergüenza.

Por la tarde, Julio Peña me dice que he hecho bien; que hay que darse importancia desde el principio.

*22 de mayo*

Sin convenir nueva cita, me presento en la Cines poco antes de las doce, o sea con veinticuatro horas de retraso. Como me ocurre siempre, el que me recibe peor es el portero.

D'Amico me recibe muy bien, afable, cordial y llenándose de elogios. Hasta asegura que sé hablar el italiano. Mi miedo a tener que presentarme diciendo: «Yo soy fulano, que viene de tal sitio, para tal cosa...», ha desaparecido. Convenimos una cita para mañana, con objeto de presentarme a Pabst.

He pedido el guion, pero me han dicho que aún no estaba copiado.

Por la noche juego al mus en el cuarto del hotel con Carlos Nin y los dos Julio Peña (el actor y el montador), todos del equipo de *Los ojos dejan huellas*.

*23 de mayo*

He llegado tarde a la cita con Pabst. Creo que esto de llegar siempre con retraso es una de las manifestaciones de mi timidez. D'Amico me presenta al comandante Civallero, director de la Cines, que me habla de Casanova, de Conchita Montenegro, de Julio Peña, de Sagi-Vela. Civallero intervino en aquel primer contacto cinematográfico italoespañol que tuvo lugar a raíz de la guerra de España.

D'Amico me explica que Pabst no está en la oficina porque no espera nunca. Tiene una puntualidad tudesca. Esta mañana, porque el coche de las nueve ha llegado a las nueve y cinco, se ha enfadado y ha suspendido el trabajo, diciendo que habían estropeado sus planes. Quedamos en que me avisarán para la prueba de la sotana y me enviarán el guion, cuyas copias aún no están concluidas.

*24 de mayo*

Hoy mismo, a las nueve de la mañana, me han avisado para que vaya al sastre a tomarme las medidas. Llego por los pelos. La sastrería está bien puesta. Como en España, en un barrio viejo. La señorita encargada es muy mona. Nos entendemos un poco en francés, otro poco en español y otro poco por señas. En fin, que no nos entendemos.

*26 de mayo*

Empieza a llamarme la atención que, a pesar de la puntualidad tudesca de Pabst y de la gran organización de la Cines,

la película, antes de comenzar, lleva ya cinco días de retraso. Aún no se conoce el reparto definitivo, los guiones aún no están copiados y en la sastrería hay siempre discusiones sobre cómo se viste un padre jesuita.

Esta tarde he vuelto a pedir el guion. Me han dicho que aún no estaba; pero me han invitado a un *campari-soda* y me han presentado a Paolo Stoppa, que estaba firmado su contrato. No sé qué papel hará. En un anuncio que he visto por la calle, se leen solo los nombres de Aldo Fabrizi, Pierre Fresnay y un servidor.

*27 de mayo*

Hoy me han avisado para que fuera a recoger el guion. Me han acompañado Julio Peña y Dafaucé. Por el camino, en el coche, he ido hojeándolo. He visto que mi papel tiene un discurso de tres páginas y eso me ha tranquilizado. Debe de ser un papel importante. Nos ponen una multa y llego tardísimo a la prueba que tenía convenida con el sastre.

El traje es una lata, pesado y apretadísimo. Yo no puedo creerme que los jesuitas vayan tan incómodos, pero el sastre dice que sí. Falta aún por hacer otra prueba.

No sé cómo me las he arreglado; pero por la noche, cuando leo el guion, ya conozco mi papel de cabo a rabo. He contado los párrafos que tenemos cada uno. Fabrizi tiene el doble que cualquier otro, y los demás son casi todos iguales. Pero el papel de Fabrizi es más pesado. El mío tiene una escena de presentación bastante vistosa, con la lectura, en el rectorio, de la vida de Santa Rosa y un mareo para terminar, y, además, la escena final de la película, bastante buena. Creo que el papel del superior, que tiene varias escenas conmigo y cierra también la película, debe de ser el de Pierre Fresnay.